



La vida cotidiana en una civilización enferma

Mercedes Salisachs

Escritora. Premio Planeta

Un secreto. Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. Dios quiere un puñado de hombres «suyos» en cada actividad humana. Después... «pax Christi in regno Christi» La paz de Cristo en el reino de Cristo (Camino, 301)

Es una enfermedad crónica de difícil curación que comenzó cuando el progreso, en vez de olvidarse del pasado, dio en mirar atrás para imitar los errores perdidos. Es decir: cuando se intentó recuperar lo que las antiguas civilizaciones adaptaron a ciegas sin comprender que, mientras creían avanzar, iban fomentando su destrucción.

Por eso sin duda la civilización actual, pese a los avances técnicos, físicos y materiales, se encuentra sumida en fiebres y ahogada en inesperados vahos de confusión.

Aunque nos cueste reconocerlo, es indudable que la vida cotidiana ha perdido su equilibrio. Basta echar una ojeada a los periódicos o escuchar las noticias que proliferan en cualquier medio de comunicación, para comprender que, lejos de avanzar en paz

y serenidad, el ser humano se está introduciendo en un laberinto cada vez más siniestro sin que se vislumbre la anhelada salida.

De nada valen los adelantos, los descubrimientos, las comodidades y los entusiasmos cívicos. Desconfiamos de todo, nos sentimos inestables, tenemos miedo; sin embargo, no intentamos poner remedio. En suma, nos negamos a buscar lo que podría darnos la deseada paz.

Y la enfermedad continúa provocando impacencias mal enfocadas, ignorancias culpables, amores corruptos, desviaciones egoístas y, sobre todo, soberbias que flagelan humildades indefensas. El afán de riqueza, los descubrimientos mal aplicados y el poder se han aliado a la soberbia y al egoísmo. En suma: a la desesperanza.

De ahí las autosuficiencias agnósticas, las torpezas destructoras y tantas desviaciones que lentamente han ido invadiendo nuestra vida cotidiana. En suma, la humanidad se ha envarado. Se ha utilizado a sí misma para alcanzar esperanzas. Y, lo que es peor, no comprende que se está volviendo sorda y ciega; que sus hori-

zontes son limitados y que tras esos límites existe algo más que libertades anárquicas y muertes camufladas de libertad.

Y es que en nuestra ceguera obramos como si nuestras actividades terrenas fueran la meta de nuestra corta vida, sin admitir que todo lo que acumulamos con tanta codicia, jamás podrá formar parte de nuestro equipaje hacia el futuro.

No debemos engañarnos: triunfar aquí en la tierra es una aspiración muy pobre. Casi siempre el triunfo que tanto nos halaga, es la peor de las derrotas, ya que todo lo que poseemos materialmente, tarde o temprano, deberemos perderlo, olvidarlo y dejarlo en la cuneta de lo inservible.

Ante este panorama, ¿qué puede hacer un cristiano? ¿Queda algo que decir? San Mateo en su evangelio alude a unas palabras de Jesucristo: *Vosotros sois la luz del mundo: no se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre el candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa; brille así vuestra luz delante de los hombres.*

El beato Escrivá recoge el testigo de Jesucristo y, con su mensaje, invita a todos los hombres a encontrar el «*quid*» divino que encierren todas las realidades materiales y cotidianas. Enseña al hombre a vivir en trascendente, dinamitando el tiempo y lo mundano que, en sí, es caduco. Enseña a no desesperanzarse. En una homilía recogida en Conversaciones afirmaba: *No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver –a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares– su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo.*

Sus palabras, del año 1967 –*la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día*–, adquieren un nuevo sentido en ese inicio de milenio en el que ha entrado la humanidad.

Por eso cuando más pretendemos avanzar dejando a un lado la ética y los valores eternos, más nos hundiremos en el pozo de las incomprensiones, de los errores y de todo lo que nos deja indefensos.

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.